

Tribuna  
Viernes 19 de Agosto de 2011

## **Algo debe cambiar**

### **Pablo Rodríguez Grez**

Luego de los acontecimientos vividos en las últimas semanas, Chile se encuentra ante un panorama difícil de descifrar. Desde 1974 optamos por un modelo de desarrollo basado en la iniciativa privada, la apertura al mercado mundial, el aprovechamiento de las ventajas competitivas, el respeto al derecho de propiedad, la subsidiariedad del Estado y el acatamiento estricto a la legalidad. Se desencadenó entonces un debate acalorado entre quienes pensaban que los costos políticos que representaba la implementación de una política de esta especie eran enormes y muy dudosos los beneficios, y quienes concebían la "economía social de mercado" como la única vía factible para crecer, progresar y dejar atrás la miseria y el mediocre desarrollo experimentado por Chile a lo largo del siglo XX. El modelo se consolidó, generando importantes beneficios para todos los sectores, pero en medida desigual. Al decir de los economistas, ello correspondería a un subproducto negativo que se supera progresivamente con el correr del tiempo: así, al menos, lo pregonan los artífices del sistema.

El actual Gobierno, en lugar de profundizar los cimientos de esta construcción, aplacando sus efectos adversos en los sectores más golpeados por la desigualdad, optó por el "asistencialismo" practicado con poco éxito por la administración anterior. Lo indicado abrió un espacio de incertidumbre, probablemente más artificial que real, que ha erosionado la adhesión que requiere el modelo para comprometer en su buen funcionamiento a toda la población. La ciudadanía ha sufrido un legítimo desconcierto, porque eligió autoridades eficientes, plenamente comprometidas con un proyecto político y económico definido, con planes preparados y equipos especializados. Los resultados, sea como consecuencia de la incapacidad o el obstruccionismo, son magros, a tal punto que la mayoría repudia, por igual, al oficialismo y a la oposición, generándose un vacío que nadie sabe cómo ni quién lo llenará.

Ante este panorama, con extrema habilidad, los sectores que alientan el desorden y la ingobernabilidad sacan partido de la inquietud social y movilizan a vastos sectores en demanda de reivindicaciones especialmente sensibles para la mayoría de nuestros compatriotas, promoviendo indirectamente la violencia.

Lo que Chile espera, creo yo, son medidas precisas que alivien la pobreza que tortura a muchos chilenos, que corrijan los canales de distribución de la riqueza -que ojalá sea cada día mayor-, de manera que el crecimiento llegue a todos los sectores, no sólo a grupos privilegiados. En otras palabras, abrazar una política que nos haga sentir que somos parte de un proyecto común, cuyos beneficios se distribuyen entre empresarios, trabajadores, sectores pasivos, emergentes, etcétera. Mientras ello no ocurra quedará siempre latente el descontento que puede incentivar toda suerte de aventuras y calamidades. No basta con el

sentimiento altruista y la generosidad de quienes poseen la riqueza, por laudable que sea esa conducta. Lo que interesa es que el Estado asuma la tarea de rectificar aquello que desata el descontento y profundiza los odios, pero sin ahogar la libertad, la iniciativa privada y los derechos fundamentales.

Es cierto que en este conflicto todos, casi sin excepción, procuran sacar ventajas. Unos incumpliendo la ley, otros buscando la forma de eludir sus obligaciones. Lo anterior se da en todos los sectores. Por eso es urgente renovar la estructura del Estado, dotarlo de los medios que le permitan corregir los abusos -quien quiera sea su autor- y rediseñar los canales de distribución para enmendar injusticias y contradicciones que se vuelven inevitablemente contra los más desprotegidos. Lo que propongo no es fácil, pero es posible si nos empeñamos en alcanzarlo lealmente. Hay que sustituir la cultura del aprovechamiento y el ventajismo, por la cultura de la participación y la justicia. Ese, creo yo, es el sueño de muchos estudiantes que no entienden a cabalidad lo que está en juego, pero que presienten que algo debe cambiar.